

LA GRACIA ANDALUZA

Por Santiago DE MORALES TALERO (1)

Señoras y Señores:

MUCHO he dudado si comparecer ante este erudito y selecto tribunal público o dejar, al estilo estudiantil, el examen para septiembre; porque quiérase o no, esta relativa obligación de tener los académicos o miembros de institutos el pronunciar un discurso como dintel de ingreso a la correspondiente academia o liceo, es, señores míos, un verdadero examen de estado, con todas las agravantes del mismo, pues en él tenemos que justificar que merecimos el nombramiento con un discurso de doctas razones y plenitud de sabiduría, y si flaqueamos en conocimientos y erudición, caemos en el mayor de los ridículos multiplicado por el número de años que tenemos, porque muy disculpable es, que un chiquillo de diez y seis años, de pantalón corto y bigote incipiente, no sepa, por ejemplo, los límites de Polonia ¡pero qué se diría de todo un señor académico, que a sus sesenta años, no tuviera la menor idea de ellos! Y esto es lo verdaderamente pavoroso y este es mi caso, que a estas horas, yo no he podido enterarme dónde empieza y dónde termina este pueblo desgraciado y heroico. Y hago pública esta confesión, como muestra de humildad, y como vulgarmen-

(1) Discurso de ingreso en el Instituto de Estudios Giennenses.

te se dice, para curarme en salud y para que no esperéis de mí una disertación docente, solo aspiro a que sea meramente *decente* o pasable.

Si, como os dije, dudé en aceptar esta tribuna por las razones dichas, más dudé en el tema del discurso, porque yo solo poseo de todo un somero conocimiento, sin estar especializado en materia alguna y esto hace que uno se detenga ante la primera dificultad o anomalía que crea encontrar.

Deseché la Gramática, porque yo, que tenía un concepto rígido de sus reglas, me tropecé una vez con la palabra *armonía* y ví que el diccionario lo mismo la escribía con *h* que sin ella, con lo que perdí, desde entonces, el respeto a la Gramática.

Deseché la Historia al confrontar la fantasía de sus relaciones según el partidismo de sus historiadores, sin saber si D. Pedro fué cruel o justiciero. Por cercanos, me permito recordaros los partes de guerra del siempre glorioso ejército de la inefable república que padecemos y que según los mismos aún los "facciosos" no han tomado Toledo.

Deseché la Medicina porque hace treinta años la base de la medicación se cifraba en dieta y purgantes, cosa que hoy horroriza incluso no a los médicos sino hasta los curanderos rurales; y no nos alejemos en el tiempo y en la historia, porque espeluzna el conocer las tisanas, untos y mejunges que los reputados galenos de las Españas ponían al servicio del rey, nuestro señor, en curar sus dolencias.

Deseché la Geografía, porque yo que fuí un alumno aventajado en esa disciplina, me encontré un buen día con una Checoslovaquia, cuya existencia ignoraba y a la que no supe colocar en el mapa conocido de la Europa que me enseñaron mis maestros.

Nunca pude desentrañar los misterios de las llamadas ciencias exactas, de antemano las tenía desechadas, pero me afiancé en mi decisión al enfrentarme con eso de la relatividad.

Deseché las Bellas Artes, porque una de dos, o Velázquez, pintor de realidades, es la suprema maestría del arte o lo es Picasso con sus deformaciones cristalizadas en "ismos" de extravagancia abstracta.

Y por desechar, deseché, en fin, hasta la estadística ante el hecho comprobado de que no es oro todo lo que reluce, y aunque sea un inciso en mi discurso, os diré la razón: Existía, —mejor dicho existe a Dios gracias—, un pueblecito andaluz, de cuyo nombre no quiero acordarme, el que por estar muy próximo su vecindario a sobrepasar las diez mil almas, se veía en consecuencia, obligado a tener que pagar mayor cupo a las haciendas provinciales y del Estado y aumentar las gabelas, cosa que atentaba a los fondos municipales y, como el hecho lo consideraban grave y lesivo, estudiaron la manera de evitar el aumento de población.

El problema, si hubieran sido comunistas lo hubieran resuelto con la “purga” o tiro en la nuca, si nazis con las cámaras de gas, si franceses con el aborto, si sajones con el maltusianismo, si puritanos ingleses con normas de castidad, pero como eran jaeneros no apelaron a estos remedios heroicos, se contentaron con variar la estadística, estacionándola indefinidamente en un número que, si no respondía a la realidad, se ahorraban muchas pesetas, que era lo que se trataba de demostrar...

Comprenderéis que después de enterarme de este hecho, tenga también mis dudas de la estadística y la deseche de mi tema de discurso, abonándome a la frase de un político inglés que decía y sus buenas razones tendría, que “la estadística es la mejor mentira del mundo”.

Yo quería hablaros de algo que sea eterno, que no esté sujeto a modas ni variaciones, algo que salte por cima de los límites erróneos de la ciencia, algo, en fin, que sin ser de nadie sea nuestro; y fácilmente, aunque sea paradoja, lo encontré.

Ese algo, ese concepto de lo eterno, de lo inmutable, lo hallé en Jaén... y está aquí, flota a nuestro alrededor, con más verdad que el hipotético éter de que nos hablan los físicos, nos envuelve y nos rodea más que el aire, forma parte de nuestro ser, corre por nuestras venas y vibra en nuestros estados anímicos.

Claro que —y aquí viene mi locura, mayor que la de Don Quijote— precisamente por ser cosa impalpable, inmaterial, es lógicamente imposible que yo pueda recogerlo y encerrarlo en-

tre las comas y los puntos de un escrito o entre las modulaciones de unas sílabas.

Mi dificultad es mayor que la ofrecida a la comprensión de aquel santo Padre de la Iglesia con la contemplación de un ángel que, en un hoyo de la playa, quería meter todas las aguas del océano, o como la de una esposa de un Barba Azul que intentase aprisionar al pájaro que volase al espacio al abrir la misteriosa estancia prohibida, o como una nueva Pandora al querer recoger los espíritus que de la caja encantada saliesen, o como dama de nuestros días que al destapar el pomo de cristal labrado pensase ser fácil el encerrar nuevamente el perfume diluido en el espacio.

Porque, señores, es hora de deciros que, de lo que trató de hablar, el tema de esta charla amistosa, ese algo eterno que nos rodea y que es en Jaén y está aquí y, a la par, casi como un atributo de la Divinidad, está en todas las partes, es la *Gracia*.

Sí, señores, voy a hablaros de la gracia y nos os pido que os descubráis porque lo estáis por cortesía.

Comprenderéis que este tema es muy propio de mi incumbencia; yo, pese a diversas actividades en mi vida, los hombres apegados a la catalogación me han clasificado entre los humoristas y, aunque es regla general sin excepción que los humoristas no somos graciosos, sino más bien hombres más serios que los cipreses, nuestra misión es estudiar y exponer la gracia como sedante o medicación para los hipocondríacos.

No creáis que el tema es baladí e intrascendente y que no merecía la pena de haberos dado el paseo hasta aquí, sino que, por el contrario, encierra en sí más filosofía que la que se da en las universidades y guarda tan alta importancia, que seguro estoy que esos congresos internacionales en los cuales se quiere vanamente arreglar este mundo por todas sus dimensiones, se queden maravillados al ver que aquí, en este Santo Reino, en este rinconcito andaluz, lejos de las peroratas de democracia, paz, armamento, pactos, Plan Marshall y demás monsergas, nos hallamos reunidos, a la buena de Dios, para hablaros de la gracia.

Porque la gracia, señoras y señores, es una cosa muy seria.

Y con lo dicho termino este exordio, que ya pasaba de castaño oscuro.

LA GRACIA

DE mis recuerdos de niño, cuando alternaba los cafés con los claustros de institutos y universidades, lo primero que en los libros figuraba era la definición de la materia.

La definición, generalmente con letra mayúscula o negrita era el "in nomine patri" obligado, en toda pedagogía escolar que se estimase. Los catedráticos intentaban reasumir, compendiar, aquilatar toda la ciencia que manaba de su especialidad en las quince o veinte palabras de la definición. Muchos se quedaban satisfechos, sin pararse a pensar, que la ciencia, reflejo de infinito, es imposible el querer contenerla en simples límites; por ello, pese a todas las definiciones que tuvimos que aprender, nos quedamos, al cabo de los años, con la ignorancia supina de lo que tratábamos de estudiar.

Yo no caigo en tal defecto. La gracia no tiene específica definición.

No niego que, si a las doctas vestiduras talares nos acercamos nos hablarían de ser el don de Dios, ordenado al logro de la bienaventuranza o el estado perfecto del hombre, o las buenas relaciones entre Dios y la criatura. Nada de ello ponemos en duda, pero no nos remontemos tan alto..., recojamos, sí lo de don de Dios, que luego nos ha de hacer falta.

La gracia tiene sus facetas y hasta sus estilos. Yo vengo a hablaros de la gracia andaluza y dentro de ella de la jaenera.

Es curioso observar cómo la gracia la denominan y la entienden los pueblos.

De los Pirineos para allá, a la gracia la llaman "houmor" (hache, o, u, eme, o y erre) así escrito en *gringo*.

Vds. comprenderán que esta palabra es impropia, porque el humor es en castellano, completamente fisiológico; humor hepático, humor sanguíneo, humor herpético..., total, malos humores.

Dentro de España y según las diversas regiones la deno-

minan sal,—aliño culinario—tener buena pata, buen golpe, buena sombra; lo de pata no creo sea muy educado, ni la idea de ser posible gracioso, un buen golpe, ni resumir el gracejo, la sombra que proyecte nuestra escuálida humanidad.

Pasándose de cursi y con ideas agrícolas—se dice—“estar sembrado”, sin especificar si está uno sembrado de calabacines, de tomates o de pimientos morrones.

Más cerca de nuestro clima se dice “estar florido” una flor y más cerca, en Sevilla, se lleva y se espiritualiza la palabra al decir que “tiene ángel”; aquí, en tierras de Jaén, lo entendemos mejor y acordándonos del don de Dios, decimos, simplemente, gracia, con ello expresamos bastante, porque lo decimos todo, “tener gracia”, sí señores, sin comparaciones, ni rebuscamientos y no creemos pecar de irreverentes al añadir el “tener la gracia de Dios”.

Bien, me diréis; no dudamos de que exista la gracia, pero al no definirla; ¿cómo la conoceremos?

Veréis: es muy fácil; si sois extranjeros y con vuestros “Kodak” y “Baedeker” y una de esas camisas de colorines, queréis conocer la gracia andaluza, yo os invito a traspasar las cimas y agujas de Despeñaperros y cuando tras el último túnel, luzca nuevamente el sol, la veréis allí, en la alegría, en la luz y la blancura de la cal de los edificios y tapias de los pueblos; no hace falta que suene el ceceo o el *ronquío*, para saber que se está en tierras del Guadalquivir, la cal lo pregona; de los pueblos pardos, tristes, penitentes, vestidos de estameña de León y Castilla pasamos a las casitas blancas como bandada de palomas.

Otro detalle, emblema de la gracia y de nuestro carácter: Recorred el mundo, incluso media España, y veréis que las puertas tienen su misión, el defender la integridad de nuestra posesión el impedir su acceso al caminante extraño, por ello, a más de la puerta, está la aldaba, el cerrojo, la tranca; pasad a Andalucía y contemplar las casas con las puertas abiertas de par en par, a lo más, se inventa una cancela, que más que puerta es adorno, como esas mantillas de blonda que ni abrigan ni cubren y sí solo embellecen.

Y no se diga que si dejamos abiertas las puertas es que na-

da tenemos que guardar, no, es que, amigos míos, Andalucía sabe que lo que tiene nadie se lo puede quitar, por mucho que traten de conseguirlo, ni su sol, ni su cielo, ni su gracia, ni sus vinos, ni su aceite.

Hemos nombrado al aceite y como estamos en la tierra de olivos bien merece que glosemos un canto a su soberanía, haciendo un descanso en nuestro peregrinar; porque el olivo es, señores, tan importante que no hay árbol ni producto que pueda comparársele.

Con aceite de olivas — óleo sagrado — al nacer y en la ceremonia del bautismo nos ungen para prepararnos a recibir el agua que nos abrirá el camino de la gloria, y al morir, en los postreros momentos también con óleo nos irán cerrando los sentidos al tiempo para abrirlos a la eternidad. He aquí toda nuestra vida encerrada en este paréntesis de óleos.

Aquí sí que viene bien hablar de la gracia en un sentido lógico.

Papas, Reyes, Emperadores, todos cuantos ostentan poder y autoridad necesitan ser ungidos para poder ejercer el dominio.

Un arcano, un misterio existe, no hay duda, en el aceite, cuando tan preciso aparece.

Y si cogemos los libros sagrados, los que nos hablan de la historia del Universo, nos encontramos casi primeramente el olivo, es posible, en el momento no puedo asegurarlo, que después del primer árbol plantado en el Paraíso, llamado del Bien y del Mal y del que se siguió la caída de nuestros primeros padres y que es probable que dejara de existir por ser causa de nuestras desgracias, sea el olivo el que aparezca seguidamente en las páginas de la Biblia, y si aquel primer árbol fué signo de turbación y dolor, de pecado y de castigo, éste es por el contrario emblema de esperanza, de amor y de paz.

Fué tras el Diluvio, aquel diluvio tan excepcional que llegó a conseguir llenar los pantanos y a arruinar a la humanidad, salvándose únicamente la familia del hombre justo que, avisado por Dios, se cobijó en el arca y fué la paloma que vuela, para dar aviso a los que en el arca vivían si había cesado

o no el castigo de la Divinidad y fué la paloma la que como respuesta vuelve con un ramo de olivo, indicando con ello que el iris de la paz se cernía por el horizonte y las aguas trágicas lejos de aumentar decrecían cuando dejaban libres las copas de los árboles.

¿Por qué eligió la paloma, precisamente, un olivo? Misterio, y misterio otra vez el que fueran los olivos los que se alzaron en júbilo y se tendieron al paso triunfal del Señor en Jerusalén y misterio el que un olivar fuese elegido para que Dios, hecho Hombre, comunicase a Dios Padre sus amarguras en aquella madrugada tan trascendental para la mísera humanidad caída; y misterio, en fin, que el olivo sea emblema de victoria y por ello de olivo se tejan las coronas de los héroes y de los mártires...

Y descendiendo un tanto de las alturas, veamos la gracia de este árbol tan andaluz y tan jaenero.

No creo que en la Naturaleza se pueda encontrar un árbol que al mismo tiempo, molido su fruto, sea alimento, aderezo, medicina y luz.

...Y sigamos nuestra peregrinación.

Míster, se ha detenido ante un arco y enfoca su máquina.

¡Arcos! ¡Arcos! nuestra admiración para los arcos de mármol de los peristilos griegos, para los acueductos de piedra tosca romanos, para los afiligranados ajimeces árabes, menos entusiasmo para los arcos de hierro que remontan una torre Eiffel o un paso de ferrocarril, ninguna comprensión para los de hormigón armado de rascacielos americanos.

El inglés dispara el obturador de su *Leika* y sonríe. ¿Salió bien la foto, *míster*? Porque nuestro extranjero se detuvo ante el arco andaluz, el arco formado por el tronco leñoso y florido de un jazmín, el arco más bello y más gracioso del Universo, salvo el que Dios, con su Majestad, supo pintar con siete colores sobre la bóveda del infinito.

Y ya que hablamos de flores, ved unas diferencias. Holanda, cielos grises, molinos de viento, patos blancos, patria del tulipán; Valencia, riente de sol, con su huerta incomparable... en ambas la flor, más que adorno, es industria, se siembra en grandes bancales, como si fuesen patatas o remo-

lachas. Andalucía la individualiza en tiestos y macetas y la cuida y la mimas y lejos de venderla, la ofrece en espontáneo gesto a los pies de una virgen o se la coloca entre los rizos o en el descote moreno de sus mujeres.

—*Mister*, contemple desde aquí esa calle; sobre un muro, parecido en cualquier capital o poblado habrá visto un farol de gas, un foco eléctrico, quizás un artefacto fluorescente que nos hablarán del progreso de ese siglo de las luces tan careado.

—Vea esa calle andaluza como le digo: una tapia encalada y desportillada, mordida por la sombra de unas tejas árabes entre las que amarillea algún jaramago y contemple cómo la luz se hace gracia en ese farolillo de hierro retorcido con llama de aceite, que pone destellos de oro en los puñales de esa Dolorosa y livideces en las carnes maceradas de ese Cristo agónico y que si no alumbrá más, maldita la falta que hace, como dirían los enamorados, que para eso sobra con la luz de la luna.

Cualquier observador descubrirá la gracia en sus diferentes matices en el tocado de sus mujeres. Recorrer Europa y os llamarán la atención las tocas blancas de las holandesas y de los países bálticos, los sorokas o gorros rusos enriquecidos como nimbos de iconos, los picarescos *canotier* franceses, las infantiles pamelas inglesas. En España, en el Norte, se usa pañuelo en consonancia con su cielo, si es nuboso y triste es negro o azul oscuro, si se aclara es en las Castillas, de colores de los llamados de hierbas o de sandía, sólo en Andalucía se hace encaje en mantilla y según sus provincias tiene sus matices, alada de blanca en Sevilla y Málaga, de madroños en Córdoba, de terciopelo negro picado—homenaje a la Mancha—pero con fondo de fuego, rojo encendido de la tierra del sol de Jaén.

No hay corona más excelsa, ni más soberana que la mantilla, verdadera espuma de la gracia, nimbo de la hermosura.

Y si del tocado pasamos al baile, también vemos en él la gracia andaluza.

El baile andaluz no es un remedo de luchas guerreras como el de los espataanzari, ni la “danza de espadas” ni los

“caballins”... ni el “auresku” ni el de las lanzas de la montaña, tampoco es el saltarín y un tanto violento de Aragón ni el reposado a son de melancólica gaita en muñeiras, ni el infantil, de carro de sardanas, ni el monótono e inocente de las Castillas... El baile andaluz se hace ritmo y se hace línea, señorío y majeza, finura y garbo, es el baile que deben de bailar los ángeles allá en la Gloria, comienza en los seises de Sevilla ante la pureza de la Virgen y se traslada entre el repique de castañuelas o palillos al fandango, a las sevillanas y a las magañeñas.

Como estoy entre andaluces no necesito hacer una advertencia necesaria en otro clima, que es que no hay que confundir el baile andaluz con esos otros, que con etiqueta, se ofrecen en los tablados de los teatros y pantallas de cine y que tienen de andaluz lo que Rusia de democrática.

Esa adulteración de nuestro baile debiera estar penada como esa mezcla de grasa de máquinas y soja, que nos han estado vendiendo como aceite.

No, señor, el jipío no es el “cante jondo” ni el zapateado con blusa de lunares y pantalones ceñidos es andaluz, ni el desmelenamiento de locura, movimientos de cadera y elevación de brazos al infinito es sevillano ni jaenero, todo eso resumiéndolo en un “timo” popular; diremos que es “cuento”, propio para que lo crean los ingleses o los que, sin serlo, sienten en inglés y llaman *sherry* al vino de Jerez y los llamo ingleses y no extranjeros o turistas, porque para los andaluces, todo el que no habla cristiano, toma té sin tener dolor de estómago y se cuelga una *Leika*, es inglés, aunque haya nacido en aguas del Ladoga o en las márgenes del Sena, del Rhin o del Po.

Y ya dentro de eso que llaman folklore, palabrita que parece que va vestida de máscara, hablemos del piropo, flor o requiebro, costumbre muy española, o mejor, muy andaluza, la de ofrendar a la mujer nuestra admiración y nuestro respeto en voz alta, como capa grana de nuestros sentires echada a los pies chiquitos de una bella, para que sirva de alfom-

bra y pedestal y como ramo florido de nuestros pensamientos para que se deshoje a su paso.

Si tuviera la paciencia de mi buen amigo, Antonio Alcalá, al que expreso mi reconocimiento por los inmerecidos elogios que me ha prodigado, que ha tenido la suficiente para llenar un libraco grande de palabras andaluzas de las que aquí se estilan y usan corrientemente, sin que de ello tuviera ni olor ni rastro ni sospecha el Diccionario de la Real Academia Española; si, como digo, tuviera esa paciencia, reuniría en otro o en otros libros todas las frases que se dedican al pasar las mujeres y que mereciesen quedar para una antología.

Los andaluces somos derrochadores y manirroto; si un alemán se encontrase algún día, con una de tantas comparaciones de la belleza o rasgo de ingenio como aquí se olvidan, al dejarlas prendidas entre los rizos de una cabellera o clavados en las pestañas de unos ojos de mujer, se apresuraría a sacar un cuaderno de hule, a calarse unas gafas de miope y a clasificar, como si fuese una fórmula química o ecuación algebraica o una familia botánica, para que no se perdiese para la posteridad.

Los andaluces no le damos importancia ni a Sevilla ni al Guadalquivir, tenemos la esplendidez del que, por ser inmensamente rico, no piensa en el ahorro porque no concibe la pobreza.

Aunque se podía estar de ésto hablando largo y tendido, temiendo que este discurso se convierta en plomo por lo pesado, cosa que pese a tratar de la gracia, tendría poquísima gracia; clasifiquemos los piropos en cuatro categorías, o mejor dicho, elijamos al azar cuatro piropos en los que podemos encerrar cuantos en el mundo sean y hayan sido. Piropo baturro, piropo madrileño, piropo sevillano y piropo jaenero.

Requiebro baturro: —*¡Maña, me gustas más que la cebada a mi burra!*

La frase es justa, exacta, sin aumentativo que la desfigure. Para un aragonés solo existen tres amores, amor excelso a su Virgen del Pilar, amor ardiente a su independenciam y amor real, tangible, terreno, el de todos los demás amores.

No es que no sepa valorar dentro de esta última escala el

amor a los hijos con el amor a la mujer y con el amor al campo, y hasta con el amor a su burra.

Es que, positivamente realista, la mujer ocupa su lugar, no hace de una Aldonza quimérica reina, ni de una maritornes princesa encantadora, al pan pan y al vino vino.

La mujer, su mujer, es la compañera de su vida, la compartidora de sus penas y alegrías, la cuidadora de su hacienda y de su casa y la paridora de sus hijos.

La tierra, la que enjuga su sudor, la que se lleva sus afanes y trabajos a cambio de darle la cosecha y el bienestar, y la burra el útil del trabajo, la fiel sirvienta tan necesaria para darle el pan, como la mujer para darle hijos.

Por eso, sin menoscabo, por ser demás realista puede entroncarse en la comparación la mujer con la borrica.

Piropo madrileño: —*¡Pues no tiene los ojos más grandes que los pies!*

Es curioso observar que Madrid, la Corte de las Españas, centro y cabeza, la que debía irradiar su idiosincrasia a todos los rincones de la Península, el espejo en el que los pueblos se debían de mirar, no sólo no tiene una definida personalidad, sino que copia a Andalucía.

Y como la copia quiere ser tan servil, no sólo imita las virtudes, sino hasta los defectos; sin comprender, que lo andaluz no tiene imitación posible, o se nace andaluz o tomando un giro madrileño — “no hay *na* que hacer” —.

Sin embargo, el madrileño no lo cree así y, al copiar lo nuestro, saca a luz una verdadera caricatura.

De ahí el chulo y la maja o manola, de ahí su modo de hablar.

Los andaluces, tenemos propensión a suprimir las *eses* de los plurales y tal vez alguna letra de alguna otra palabra; no es que estemos reñidos con la Gramática, es que ¡yo qué sé! ¡como las *eses* se forman de dos ganchitos se nos quedan colgadas de la lengua y no salen al exterior!

Los madrileños, por imitarnos y para exagerar más, no sólo no se contentan con eso, sino que a las palabras llegan a cortarlas por la mitad, así el metropolitano es el “metro”, el cinematógrafo es el “cine”, el tranvía es el “tranvi”, la po-

licía la “poli”, el cocido el “coci”, la correspondencia la “co-res” y la señora Natividad, respetable portera, es la “señá Nati”.

En cuanto a nuestros gustos y aficiones: los toros y el cante; yo, que paso la mayor parte de mi vida en Madrid, puedo asegurar que ni en la meca del toreo — Córdoba y Sevilla — hay más afición que en Madrid y si Vds. repasan una cartelera de espectáculos verán los anuncios de nuestros bailes y cantos, con una prodigalidad exagerada, aunque bailes y cantos, como antes decíamos, vayan vestidos de máscara.

¿Qué es una verbena, sino un trasplante de nuestras veladas? Mantones de Manila, claveles, farolillos, aguardiente, vino y jeringa o tejerings.

Y es, señores míos, que Andalucía tiene una fuerza de atracción, un predominio tan grande, que ella sola sobrenada sobre las cuarenta y tantas provincias restantes.

Echar en un recipiente cuarenta y tantos líquidos y añadir nuestro aceite andaluz, mezclarlo, como si fuere un moderno coctel, y al destapararlo veréis que todo se habrá mezclado y unido, menos el aceite, que queda flotando sobre los demás.

Es curioso observar en estos días en que el extranjero invade nuestras calles, cómo Madrid ofrece en sus escaparates y vitrinas, como muestra de España, como mercancía más solicitada, para que sirva de recuerdo en tierras extrañas, no la reproducción de la magnificencia y severidad de un Escorial, ni la proa del Alcázar segoviano, ni las esbeltas agujas de las catedrales de Burgos o León, ni la exuberancia de la de Santiago, ni el molino de viento de la Mancha donde Don Quijote riñó descomunal combate, ni la espada de gavilanes de nuestros tercios, ni la porcelana del Buen Retiro, ni las vistas incomparables de las rías gallegas, ni la mística serenidad de las planicies castellanas, ni la virgencita de la cueva de Covadonga, ni la barraca valenciana, sino la airosa silueta de la Giralda, la reja clásica tras la que se ve a una mocita morena o una Virgen dolorosa y ¡cómo no! la pandereta, la mantilla de madroños, la capa bordada en colorines, las banderillas y la espada con puño rojo de nuestros *togueadores*.

La Gran Vía madrileña, más parece calle sevillana.

Y es que sobre Madrid impera, señorial, Andalucía.

Y sigamos con los piropos.

Sea el sevillano: —*En tus pestañas se puede tender ropa. Niña, ¿vende Vd. las pestañas por metros?*

El piropo sevillano es quizás el más alado, el más sutil, el más intrascendente, más que flor es perfume, no hay que pensarlo, sale a los labios y se pierde como una voluta de humo tras haberse enroscado en la concha rosada de un oído femenino, es como una revolera de una falda de volantes al girar en un paso de sevillanas, piropo, canción, verso y solera.

Oído un piropo sevillano, se creería que sobre él no puede ponerse ninguno, la exageración de la alabanza llega hasta límites que parece que nada puede sobrepasar y aquí viene Jaén, nuestra provincia, que sobrepasa y hasta sobre el aroma de jazmín o de azahar del requiebro pone la profundidad de una sentencia. Jaén no se contenta con rozar la epidermis, entra y caía dentro, va derecho al corazón; no nos contentamos al cruzar una bella, con alabarla su garbo, sus ojos, su boca, sus pies, su risa, su silueta, nuestra admiración la hacemos sobrepasar a límites insuperables. Pongamos un ejemplo, el piropo que, casi todos, hemos dicho alguna vez.

Piropo jaenero: —*¡Bendita sea tu madre!*

Analicemos un poco, que bien lo merece.

No sé si con verdad o mentira, en nuestros quereres, en la escenografía de nuestros amores, hay un punto que, lejos de ser luminoso, proyecta sombra, amargor e intemperancia, tal vez necesario para que no empalague en demasiado la luna de miel y resalte más la claridad. No me meto en determinarlo; pero sí puedo asegurar que la suegra no suele ser plato de gusto para la mayoría o casi totalidad de los yernos; y vuelvo a reptir, que, con verdad o mentira, la suegra es la cabeza de turco donde se reconcentran, como nube tormentosa, los rayos y relámpagos de nuestras desavenencias conyugales. Pues bien, al ser esto así, midan y aquilaten la intensidad y el alcance de nuestro piropo; desentrañen la gran renuncia, la exorbitante admiración a la mujer que se llega hasta bendecir a la suegra por el hecho de haber llegado a dar a luz a nuestra amada.

---¡Bendita sea tu madre!

Yo invito a que sean capaces de superar esta alabanza y decir con menos palabras todo el amor que se encierra y todo el heroísmo que ello supone...

Y sigamos en el espiguelo o rebusca de la gracia en estas tierras de olivares.

Una de nuestras fiestas, quizás la más característica nuestra son los toros, no es exclusiva andaluza, la afición se ha extendido por España entera pero nadie negará que aquí, en Andalucía, es donde tiene más arraigo, es solera de toreros y su clima y su ambiente es el más apropiado para ello; pues bien, la fiesta de toros es la fiesta de más colorido, de más emoción, de más luz y de más gracia.

Los trajes de sedas y oros de los toreros, el revolver de los capotes de grana, la vistosidad de la suerte de banderillas, las líneas armónicas de esos dos animales prototipos de belleza: el caballo y el toro, la lucha del hombre con la fiera con esa elegancia y finura que más que lucha es juego; el sol, el cielo azul, la música... esa alegría que se desborda por los tendidos y gradas, todo ello hace que nuestra fiesta sea única.

Para demostrarlo basta comparársela con otras fiestas, otros deportes, el fútbol, por ejemplo, ya que como epidemia se ha extendido como nueva gripe sobre nuestras tierras.

¿Qué hay en el fútbol? Hay veintidós señores en camiseta y en calzoncillos dando puntapiés a un balón y donde, en lugar del clásico alguacilillo de emplumado chambergo, gola rizada y ropilla negra, hay un señor con bigote, con americana con trencilla, las pantorras al aire y un pito como música, y donde todo el interés es el que se hagan más tantos, para que de esta suerte gane Jaén al Madrid o al Salamanca y se pueda acertar las quinielas.

Quitad al fútbol el apasionamiento de paisanaje, la negra honrilla partidista, y muere por consunción.

¿Y el boxeo? ¿Me diréis que es bello el contemplar dos señores, casi desnudos, dándose puñetazos bajo las luces de unos focos y en un cuadrilátero limitado por cuerdas?

En los demás deportes, o la mayoría, todo el interés estriba en el negocio, ganar o perder pesetas, una ruleta como otra

cualquiera, en la que el caballo A, al llegar el primero, hace ganar tanto o cuanto o en la que el pelotari o el jugador de bolos haga más puntos que otro y con ello aumenta la bolsa.

Exceptuamos la caza y en ella también podemos apreciar la diferencia en favor de nuestra afición cinegética, que es también una de nuestras grandes pasiones andaluzas.

Comparar la estampa, muy de cromo inglés, en la que en un horizonte despejado y sobre una alfombra verde, digna de un salón de baile, tratan unos caballos en los que cabalgan muy serios y estirados unos señores con levitas rojas, calzón blanco y sombrero de copa, los cuales siguen a unos perros que, a su vez, persiguen a una escuálida zorra.

Comparar, como digo, esta estampa, con la visión de una de nuestras monterías en Sierra Morena, esa sierra agreste y bella que solo su contemplación bien merece un cuadro. La fila india de caballos, en ellos los cazadores con ese pintoresco atuendo de delanteras de cuero, sombrero de ala ancha y manta de madroños en el arzón... jaurías de perros al mando de los podenqueros, con su caracola, su cuerna para la pólvora, su trabuco... ojeadores, escopetas negras, ateros, espoliques...

Después, el acomodo en los puestos, la suelta de las traillas, el latir de los canes dando de parada, el retumbar de trabucos y gritos de ánimo y, por fin, rompiendo monte la mágica visión de un venado con sus cuernas tendidas en loca carrera perseguido por todas las realas.

En la primera estampa, habrá sin duda belleza, belleza propia de cromo, en la segunda, hay la gracia propia de un cuadro. Esta es la gran diferencia.

Y no nos entremos por el vasto horizonte de las bellas artes, porque habría sobrada tela cortada y ello puede quedar para otro discurso; solo sí quiero afirmar que nuestros pintores, los mejores, indiscutiblemente del mundo, fueron y son andaluces y no sólo nuestros pintores desde Velázquez a Picasso, sino nuestros escultores, nuestros músicos y una gran parte de nuestros literatos y poetas.

Y no quiero dejar este tema sin mostraros un pequeño detalle, para que él os demuestre un aspecto de esa gracia andaluza.

Tomemos la gloria a través de un Greco y de un Murillo, es decir, pintor extraño y pintor andaluz. No es cosa de discutir aquí la mejor o peor técnica.

Ved la gloria del Greco, contemplar esas figuras alargadas, de tonos oscuros aunque sean serafines, ángeles convulsivos, hieráticos, descoyuntados, gloria en sí misteriosa y si cabe poco amable aunque sí grandiosa; compararla con una gloria de Murillo, llena de luz, llena de suavidad, y perfume donde los ángeles se humanizan en niños de carnes rosadas y pelillo rubio y donde la Virgen se aniña..., gloria de infinita gracia, gloria, en fin, andaluza.

Y qué más, si hasta en el trágico marco de la guerra, donde la muerte se enseñorea, donde todo el horror tiene un asiento, donde retumban los cascos de los cuatro jinetes del Apocalipsis, si la guerra se hace sobre esta tierra, sin perder su dramático fondo, se suavizan sus sangrientos tonos con la gracia alada de una sonrisa.

Porque sonrisa y gracia es en aquel julio glorioso enfrentarse con el más poderoso ejército del mundo, el que llenaba de asombro y de terror a todas las naciones, ejército bien pertrechado, de corazas relucientes, de cascos y morriones, de cañones de bronce y afiladas bayonetas de banderas y águilas imperiales, el ejército abrumado de laureles... al ejército de Napoleón el Grande, enfrentarse y oponer la gentileza de unos caballitos nerviosos y unos pobres y simples piqueros de estas sierras, ajenos a disciplina y ayunos de estrategia, y, frente al mameluco gigantesco con brillante uniforme, coraza dorada, grandes charreteras, peluquín con lazo, pistolas, sables y lanzas, cordones entorchados y fanfarria, el montaraz vaquero con chaquetilla corta o en mangas de camisa, prieta faja bermeja y por toda arma, la garrocha de derribar erales.

Creo evocar el momento; los generales franceses se quedarían absortos y pasmados; el cuadro debió ser majestuoso y lleno de gracia, bella estampa de un colorido incomparable y único.

Tan absortos, que creerían sueño lo que ante sus ojos se ofreciera, porque no podían afirmar que aquello fuese realidad.

Para su modo de pensar, aquellos españoles debían ser los

señores Quijotes, aunque al no llevar, armadura ni adarga ni lanza, les haría dudar, más bien serían los famosos *togueadores... toqueadores* ante la grandeza y poderío de Napoleón...

En un lado, los tambores y clarines, del otro, el ronco sonar de las caracolas. La batalla ha comenzado, corre un río de aguas plácidas y por las lomas suben los olivos, estamos en tierras de Bailén.

Podría seguirse hablando indefinidamente, la gracia andaluza como las salinas de Cádiz son casi eternas, pero como creo prudente dar remate a esta charla — nunca docto discurso — vamos a tocar el último punto, como más principal por lo que se trata y que va, como en las grandes solemnidades, presidiendo en último lugar. Trataremos, someramente, de nuestras manifestaciones religiosas.

Aunque antes, no quiero que se me escape este pequeño detalle baladí y que podemos encerrarlo entre paréntesis y con punto y aparte.

Es un detalle psicológico y que a mí me hizo gracia:

Cierta vez y al entrar en un hotel de cierta capital, el maletero que acudió a mi encuentro, tras de contemplarme de arriba a abajo y antes de hacerse cargo de mi equipaje, me afirmó rotundamente un

---*Vd. es de Jaén?*

Creí que tal vez fuese un conocido, olvidado entre los miles que figuran en nuestro peregrinar y curiosamente seguí el diálogo:

---*¿Es que Vd. es de allá?*

---*No, señor, pero yo apenas lo vide, me dije: este señor es de Jaén.*

---*¿Tal vez, el habla, el clásico ronquío?*

---*No, señor, mal puede ser el habla, cuando hasta ahora no ha dicho el señor una palabra.*

---*Pues entonces...*

Yo no podía creer que en Jaén conservemos rasgos raciales bastantes, para distinguirnos de los demás españoles.

---*Pues entonces, ¿en qué lo ha conocido?*

Sonrió mi amigo, colocóse más a un lado la colilla que fumaba, y extendiendo el dedo me señaló el final de mi persona.

---*Lo he conocido en los pies.*

Instintivamente los contemplé queriendo descubrir quizás una planicie en mis plantas o algún signo exterior ignorado hasta entonces; de mi inspección no deduje nada de particular, pues mis pies son corrientes y vulgares, sin pecar ni de chicos ni de grandes y ante ello volví la vista a su rostro y mis ojos fueron esta vez los que interrogaron.

--Sí, señor, muy fácil, a los andaluces se les distingue por el calzado; si Vd. ve unos zapatos limpios, bien limpios, son andaluces, y si brillan como espejos, su dueño es de Jaén. ¡No marra!

Señoras y señores, no me dirán que hasta en esto, Jaén lleva la palma de la gracia.

Y cerrando el paréntesis, prosigamos con nuestras manifestaciones religiosas.

No hay duda que siendo jaeneros habréis, a no dudarlo, ido algún día en romería con la Virgen de la Cabeza o sin haber asistido tenéis cumplida noticia de la romería del Rocío y habréis admirado el paso de nuestras procesiones en Jaén, Sevilla, Granada o Málaga; pues bien, yo os invito a que busquéis en el mundo católico algo que pueda comparárseles; yo no digo que no nos ganen en grandiosidad, en majestuosa solemnidad las celebradas en San Pedro de Roma o en esas góticas catedrales, en que las luces policromadas de las vidrieras ponen oros y fantástico colorido en las ropas litúrgicas y en los rasos de arzobispos y cardenales; pero, en gracia, en belleza, no hay quien nos iguale; porque nuestras manifestaciones religiosas no tienen un techo de piedra labrada de una catedral, por muy artístico que sea, el techo nuestro es el propio cielo azul, y el templo, no las columnas, ni las arcadas, ni los cruceros sino la Naturaleza grandiosa y sencilla creada por el mismo Dios ¡y para qué un botafumeiro de maciza plata, si en nuestras romerías tenemos el romero y el tomillo que en incienso permanente perfuman el ambiente!

Yo no puedo olvidar la impresión que me produjo el oír una misa en un pueblecito castellano; venía de Andalucía donde sobre los altares brilla la luz, la riqueza y el colorido de mil ramos de flores exornando los altares, y al entrar en la iglesia castellana, ví que los sacristanes iban cubriendo con recias cor-

tinas negras las claraboyas y las vidrieras hasta dejar el templo en la más absoluta oscuridad; después, como única iluminación, los devotos fueron encendiendo unas mariposas o lamparillas o un cerillo retorcido y que colocaban delante de su asiento. En el altar, solo dos cirios amarillos que apenas iluminaban al sacerdote.

Recordé las catacumbas y no pude por menos de notar el contraste con nuestras iglesias y contraste en esas procesiones bajo el cielo plomizo en que un grupo de hombres lleva a un Crucificado con la expresión y acompañamiento de un verdadero entierro, sin una luz, sin un grito, sin un canto, solo el perceptible bisbiseo del rezo del rosario, con la explosión ruidosa de nuestra fe en gritos de saetas, en ronco acompasado de tambores, en riqueza exaltada de mantos bordados en oros y pedrería, en carrozas triunfales, en doseles de plata, en millares y millares de velas, en gigantescos ramos de flores y en esa muchedumbre enfervorizada que asemeja un mar encrespado y embravecido, y se apretuja y se amontona queriendo llegar a la imagen y que no marcan sus rezos bajo las falsillas de un devocionario, sino que brotan espontáneos, quizás no todo lo místicos que debieran pero que son expresiones sinceras de una fe y de un amor exaltado.

Y en la Virgen, no sólo ven a la Corredentora de la Humanidad, a la Señora y Reina, sino a la mujer que supo andar descalza por los campos de esta tierra mortal y por ello la piropéan como Madre de Dios, como Virgen y como mujer.

Señoras y señores, voy a terminar, no quiero que dejándome llevar de mi entusiasmo, caiga en la última clasificación con que uno de nuestros paisanos dividía a los oradores: bueno, bueno; bueno malo; malo bueno, y malo malo, según fuese el sermón o discurso corto y elocuente, elocuente y largo, malo pero corto y malo y largo.

Ya que no pueda alcanzar la inmortalidad por la oratoria, al menos no sea largo, que con ello mereceré vuestras disculpas y vuestros aplausos.

Y ya que hablamos de la gracia, por vuestra paciencia y atención reverente, muchas gracias.

He dicho.